2.2.3. *Relación de Pilato* (Anaphorá)

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al siglo VII.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscritos medievales posteriores al Renacimiento.

Conocida también como Carta de Pilato al César. *Tischendorf publicó las dos recensiones griegas, la A, que aquí traducimos, y la B. El texto no va más allá del siglo* VII*, pero, como sucede con varios de estos documentos, se trata de una reelaboración de tradiciones más antiguas. Se trataría, supuestamente, de una relación de los sucesos relativos a la muerte de Jesús, compuesta por el mismo Pilato y remitida a las autoridades romanas. Jesús había sido un taumaturgo bienhechor, autor de los milagros registrados en los evangelios canónicos.*

* * *

Relación del gobernador Pilato sobre nuestro señor Jesucristo, enviada a Roma al César Augusto

En aquellos días, crucificado nuestro Señor Jesucristo bajo Poncio Pilato, gobernador de Palestina y de Fenicia, aparecieron en Jerusalén estos recuerdos de lo que hicieron los judíos contra el Señor. Pilato, pues, junto con su correspondencia personal, se los remitió al César que estaba en Roma escribiendo lo siguiente:

«Al excelentísimo, venerabilísimo, divinísimo y terribilísimo Augusto César, Pilato, gobernador de la provincia oriental.

Milagros de Jesús

1 »Excelentísimo Señor: hago uso de esta declaración, por la que me siento dominado por el temor y el temblor. Pues en esta provincia de la que soy gobernador, en la que se encuentra la única de las ciudades que se llama Jerusalén, todo el pueblo de los judíos me entregó un hombre llamado Jesús, presentando numerosas acusaciones contra él, pero que no pudieron confirmar con la exposición de sus razones. Había entre ellos una cierta secta que le llevaba la contraria, porque Jesús les decía que el sábado no era día de descanso ni que debía respetarse. Pues realizó muchas curaciones en ese día: hizo que los ciegos recobraran la vista, que los cojos caminaran, resucitó muertos, limpió leprosos, curó paralíticos, incapaces totalmente de tener fuerza en el cuerpo ni estabilidad en sus miembros, sino solo voz y sensatez. Les proporcionaba la facultad para andar y correr,

eliminado cualquier enfermedad solo con la palabra. Y otra acción más poderosa todavía, que es ajena a nuestros dioses: resucitó a un muerto de cuatro días, llamándolo solamente con su palabra cuando ya el muerto tenía la sangre coagulada, cuando su cuerpo ya estaba corrupto por la presencia de los gusanos y despedía un hedor de perro. Al verlo yaciente en el sepulcro, le ordenó que saliera corriendo. Y como si no tuviera nada de cuerpo muerto, sino como un esposo que sale de la cámara nupcial, así salió del sepulcro cubierto de abundante perfume.

2 » A unos extranjeros, claramente endemoniados, que tenían su morada en los desiertos y comían sus propias carnes, con una vida similar a la de las bestias y los reptiles, los convirtió en habitantes de ciudades y los volvió cuerdos con su palabra; y logró que fueran sabios, poderosos y gloriosos, comensales de todos los que eran enemigos de los espíritus inmundos y funestos que residían en ellos, y a quienes arrojó al fondo del mar.

3 » Había otra vez uno que tenía la mano seca, y no solamente la mano, sino que la mitad del cuerpo de aquel hombre estaba como petrificada; no tenía aspecto de varón ni un cuerpo proporcionado. Pues a aquel también lo curó con su palabra y lo dejó sano.

4 » Una mujer hemorroísa desde hacía muchos años, agotada por la hemorragia en articulaciones y venas, ni siquiera parecía llevar un cuerpo humano, era similar a un cadáver y había perdido totalmente la voz. Todos los médicos de la zona no habían encontrado la forma de curarla y no le quedaba ya esperanza de vida. Al pasar Jesús por allí en secreto, tomó ella fuerza de su sombra y tocó por detrás el borde de su vestido; y al punto, en aquella misma hora, una fuerza llenó sus vacíos como si nunca hubiera padecido aquella enfermedad. Y echó a correr rápidamente hacia su propia ciudad de Cafarnaún hasta completar la distancia de seis jornadas.

5 » Estas cosas que he declarado con claridad y cuidado, las realizó Jesús en día de sábado. Realizó otros signos todavía mayores que estos. De tal manera que he comprendido que los prodigios realizados por él son mayores que los de los dioses que nosotros veneramos.

Cómplices políticos y religiosos

6 » A este me lo entregaron Herodes, Arquelao y Filipo, Anás y Caifás con todo el pueblo, para que lo interrogara y promovieron un gran tumulto. Ordené, pues, que fuera crucificado después de hacerlo flagelar, aunque no encontré contra él culpa alguna en los delitos y malas acciones de que lo acusaban.

Consecuencias de la muerte de Jesús

7 » Al mismo tiempo en que fue crucificado sobrevinieron las tinieblas sobre toda la tierra, se oscureció el sol en pleno día y aparecieron las estrellas, en las que no había claridad; la luna perdió su brillo como teñida de sangre. El mundo de los seres subterráneos quedó absorbido. Lo que tenían como lugar sagrado del Templo, así llamado por los judíos, no volvió a aparecer así tras la caída de aquellos. Y con el eco repetido de

los truenos se provocó una profunda sima en la tierra.

8 » Durante aquel estado de temor, aparecieron muertos que habían resucitado, como los mismos judíos atestiguaron. Dijeron que se trataba de Abrahán, Isaac, Jacob y los doce patriarcas, Moisés y Job, los primeros que murieron hace tres mil quinientos años, como afirman aquellos. Y otros muchísimos a los que yo mismo vi aparecidos corporalmente, que se lamentaban por los judíos a causa de la prevaricación que habían cometido y por la perdición de los mismos judíos y de su Ley.

9 » Duró el temor del terremoto desde la hora sexta del viernes hasta la hora de nona. Llegada la tarde del día primero tras el sábado, se produjo un estruendo desde el cielo, de modo que el cielo se convirtió en un resplandor siete veces superior al de todos los días. Apareció a la tercera hora de la noche, y el sol apareció resplandeciente como nunca, iluminando toda la bóveda celeste. Y así como los relámpagos se presentan de repente en invierno, aparecieron también unos hombres en incontable número, magníficos por su vestimenta y por su gloria, gritando. Su voz se oía como el ruido de un trueno enorme: “Jesús, el crucificado, ha resucitado. Subid de los infiernos los que estáis prisioneros en los subterráneos del abismo”. La hendidura de la tierra era como sin fondo. Sino que los cimientos mismos de la tierra aparecían entre los que gritaban en los cielos, y caminaban corporalmente en medio de los muertos que habían resucitado. Aquel, que resucitó a todos los muertos y encadenó al abismo, decía: “Avisad a mis discípulos que voy delante de ellos a Galilea; allí me verán”.

10 » Toda la noche aquella no cesó la luz de brillar. Muchos judíos murieron absorbidos por la hendidura de la tierra, de manera que a muchísimos de los que habían actuado contra Jesús no se los encontró al día siguiente. Otros veían apariciones fantásticas de resucitados, a quienes nunca ninguno de nosotros había visto. No quedó en la misma Jerusalén ni una sinagoga de los judíos, puesto que todas desaparecieron en aquel cataclismo.

11 » En consecuencia, fuera de mí por aquel temor y dominado por un temblor espantoso, las cosas que vi en aquellos mismos momentos las escribí y las remití a tu autoridad. Ordenando también lo que hicieron los judíos contra Jesús, lo he enviado a tu divinidad, Señor».

2.2.4. *Correspondencia entre Pilato y Herodes*

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Época medieval tardía (siglo XI/XII).

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego o siríaco.

Fuente: Manuscritos medievales posteriores al Renacimiento.

Esta relación epistolar entre el gobernador y el tetrarca comprende dos cartas,

redactadas ambas en griego, la de Pilato a Herodes y la de Herodes a Pilato. La simpatía por el procurador romano es evidente. Pilato cuenta con sensible complacencia la resurrección de Jesús y sus apariciones en Galilea. Confirma su testimonio con dos testigos tan cualificados como su esposa Procla y el centurión Longino.

Herodes despliega un abanico de penas, consideradas como la justa recompensa por los males que hizo a Jesús. Empieza por la muerte violenta de su hija Herodías. Lesbónax, su hijo, está en las últimas. Herodes mismo padece de una grave hidropesía. Su mujer ha perdido un ojo.

* * *

Carta de Pilato a Herodes

Pilato, gobernador de Jerusalén, al tetrarca Herodes, salud.

Nada bueno realicé persuadido por ti en aquel día en que los judíos presentaron a Jesús, el llamado Cristo. Pues de la misma manera que me notificaron, entre otros el centurión, que Jesús había sido crucificado, también me anuncian ahora que ha resucitado de entre los muertos al tercer día. Pero también yo mismo estoy decidido a enviar una misión a Galilea. Pues lo han visto en su misma carne y con su misma figura. Se ha manifestado con su misma voz y sus mismas enseñanzas a más de quinientos hombres piadosos, que han ido dando testimonio de ello sin vacilar, predicando en especial su resurrección y anunciando un reino eterno. Daba la impresión de que los cielos y la tierra se regocijaban con sus santas enseñanzas.

Ahora bien, mi esposa Procla, dando fe a las visiones en las que se le apareció, cuando yo, siguiendo tu consejo, estaba a punto de entregarlo para que lo crucificaran, me dejó y marchó con diez soldados y el fiel centurión Longino para contemplar su rostro como en un gran espectáculo. Y lo vieron sentado en un campo de cultivo, con una gran muchedumbre alrededor y enseñando las magnificencias del Padre; hasta el punto de que todos quedaban admirados y fuera de sí, porque el que había sufrido la pasión y había sido crucificado, ese había resucitado de entre los muertos.

Mientras todos lo observaban y examinaban, los vio y les habló, diciendo: «¿Todavía no creéis en mí, Procla y Longino? ¿No eres tú acaso el que vigilabas mi pasión y mi sepultura? Y tú, mujer, ¿no enviaste a tu marido un aviso sobre mí? […] el testamento de Dios que dispuso mi Padre. Pues toda la carne que había perecido, por mi muerte que vosotros bien conocéis, la vivificaré yo que he sido exaltado después de haber padecido mucho. Ahora bien, oíd que no perecerá todo el que crea en Dios Padre y en mí. Porque yo destruí los dolores de la muerte y vencí al dragón de muchas cabezas. En mi futura venida, resucitado cada cual con un cuerpo nuevo, bendecirá a mi Padre, al Padre del que fue crucificado en tiempo de Poncio Pilato».

Mientras él decía estas cosas, al oírlas mi esposa Procla, el centurión que había tenido el encargo de vigilar la pasión de Jesús y los soldados que habían ido con ella, llorando y llenos de tristeza, vinieron para anunciarme tales cosas. Cuando yo las oí, se las

comuniqué a mis más importantes colegas y a mis compañeros de armas. Ellos, llenos de tristeza y llorando, consideraban a diario el mal que habían hecho contra él. También yo mismo, por el dolor de mi mujer, vivo ayunando y durmiendo en tierra. […] llegó el Señor y nos levantó a mí y a mi mujer del suelo. Y fijando mis ojos en él, vi que su cuerpo todavía conservaba las heridas. Él puso sobre mis hombros sus manos, diciendo: «Te llamarán bienaventurado todas las generaciones y todas las razas, porque en tu tiempo murió el Hijo del hombre, resucitó, subirá a los cielos y se sentará en las alturas. Y conocerán todas las tribus de la tierra que yo soy el que juzgará a los vivos y a los muertos en el último día».

Carta de Herodes a Pilato

Herodes, tetrarca de Galilea, a Pilato, gobernador de los judíos, salud.

Me encuentro sumido en un duelo no pequeño, según las divinas Escrituras, tanto que también tú, al oírlo, seguramente caerás en la tristeza. Porque mi hija Herodías, a la que tanto quería, pereció cuando jugaba junto al agua, que se había desbordado sobre las orillas del río. Como el agua subió hasta su cuello, la madre la agarró de la cabeza para que no la arrastrara la corriente; pero se desprendió la cabeza de la muchacha, que fue lo único que pudo retener mi mujer; todo lo demás del cuerpo se lo llevó el agua. Mi mujer aprieta ahora llorando la cabeza sobre sus rodillas, y toda mi casa está en un duelo incesante.

Yo me encuentro rodeado de muchos males después que oí que habías menospreciado a Jesús. Deseo ir solamente a verlo, a postrarme ante él y a escuchar alguna palabra de su boca, porque hice muchos males contra él y contra Juan el Bautista. Pero, mira, estoy recibiendo lo que merezco. Pues mi padre provocó por causa de Jesús un gran derramamiento de sangre de hijos ajenos. Y yo, por mi cuenta, hice decapitar a Juan, que fue el que lo bautizó.

Justos son los juicios de Dios, porque cada cual es recompensado según sus obras. Ahora bien, puesto que puedes volver a ver a Jesús, lucha ahora por mí y comunícale de mi parte una palabra. Pues a vosotros los gentiles se os ha dado el reino según los profetas y el mismo Cristo.

Lesbónax, mi hijo, se encuentra en las últimas, consumido por una grave enfermedad desde hace muchos días. Y yo también estoy muy debilitado, sometido a la prueba de la hidropesía, hasta el punto de que salen gusanos por mi boca. Hasta mi mujer ha perdido el ojo izquierdo a causa del duelo que ha caído sobre mi casa.

Justos son los juicios de Dios, porque hicimos mofa del ojo honrado. No hay paz para los sacerdotes, dice el Señor. La muerte se va a apoderar ya de los sacerdotes y del Consejo de los ancianos de Israel, porque pusieron sus injustas manos sobre el justo Jesús. Esto ha tenido su cumplimiento en la consumación de los siglos, de manera que los gentiles son los herederos del reino de Dios, mientras que los hijos de la luz son arrojados fuera, porque no hemos guardado los intereses del Señor ni los de su Hijo.

Por eso ciñe ahora tus lomos, acepta el fruto de tu justicia de noche y de día acordándote de Jesús en compañía de tu mujer, y el reino será vuestro; pues nosotros ultrajamos al justo. Y si se me permite una petición, oh Pilato, ya que somos de la misma edad, da sepultura a mi casa con todo cuidado. Pues es más justo que nosotros seamos sepultados por ti que no por los sacerdotes, a quienes en breve les espera el juicio según las escrituras de Jesús. Pásalo bien.

Te he remitido los pendientes de mi mujer y mi anillo. Si alguna vez lo recuerdas, me lo devolverás en el último día. Pues ya suben gusanos de mi boca, con lo que recibo la condena de este mundo. Pero temo más la de allá arriba, porque los criterios de Dios vivo van a caer doblemente sobre mí. Nos escapamos fugazmente de esta vida porque aquí somos efímeros. Y de allí procede el juicio eterno y la recompensa por nuestros actos.

2.2.5. *Carta de Poncio Pilato al emperador Claudio*

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno a los siglos V/VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscrito *Parisinus Graecus*, fechado en el 890.

La presunta carta de Pilato al emperador Claudio está contenida en un pasaje de los Hechos Apócrifos de Pedro y Pablo (*caps. 40-42*)[537]*, obra tardía pero cuyos primeros materiales son de los siglos II y III. Según la carta, en el contexto de unas investigaciones sobre la persona de Jesús, Nerón tiene conocimiento de un informe enviado por el prefecto de Judea a las autoridades romanas. Llevado de su interés por conocer la realidad de los hechos debatidos por los apóstoles Pedro y Pablo con Simón Mago, ordena que le traigan y lean aquellos escritos. Sorprende la mención del emperador Claudio cuando las tradiciones sobre Pilato dan por supuesto que el antiguo prefecto murió castigado por Tiberio. La carta abunda en el criterio, tan extendido en la literatura apócrifa, sobre la buena voluntad de Pilato y su testimonio a favor de la inocencia de Jesús.*

* * *

1 Poncio Pilato a Claudio, salud[538]. Hace poco ha sucedido algo que yo mismo he descubierto. Los judíos se castigaron a ellos mismos y a sus sucesores con terribles juicios propios. En efecto, sus padres habían recibido unas promesas, según las cuales, Dios les enviaría desde el cielo a un santo suyo que probablemente sería llamado su rey. Y anunció que lo enviaría a la tierra por medio de una virgen. Pues bien, siendo yo gobernador, aquel vino a Judea.

2 Yo vi que daba la luz a los ciegos, limpiaba a los leprosos, curaba a los paralíticos, expulsaba de los hombres a los demonios, resucitaba a los muertos, daba órdenes a los vientos, caminaba a pie sobre las olas del mar y hacía otras muchas maravillas. Todo el pueblo de los judíos decía que era el Hijo de Dios. Los sumos sacerdotes, movidos contra él por envidia, lo apresaron y me lo entregaron. Y después de decir mentiras y más mentiras contra él, afirmaban que era un impostor y que obraba en contra de su Ley.

3 Yo creí que aquello era verdad y, después de azotarlo, se lo entregué a su voluntad. Ellos lo crucificaron, lo enterraron y pusieron guardias sobre él. Pero él resucitó al tercer día mientras mis guardias lo custodiaban. Ante lo sucedido, se inflamó la maldad de los judíos, hasta el punto de que dieron dinero a los soldados diciendo: «Decid que sus discípulos han robado su cuerpo[539]». Pero ellos, después de recibir el dinero, no pudieron mantener en secreto lo ocurrido, sino que dieron testimonio de que lo habían visto resucitar, y de que habían recibido dinero de los judíos. Por ello, refiero estas cosas a vuestra potestad para que nadie mienta, y para que puedas saber si has creído a los falsos testimonios de los judíos.

2.2.6. *Sentencia de Pilato*

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo XVI.

Lugar de composición: Italia.

Lengua original: Italiano.

Fuente: Legajo del Archivo General de Simancas.

En el Archivo General de Simancas (Sección Secretaría de Estado, legajo 847 antiguo, folio 1.º) se conserva el texto de la presunta sentencia emitida por Pilato contra Jesús. Se trata de una copia de un original italiano, realizada por un soldado español durante alguna de las campañas en el reino de Nápoles. Según la nota de presentación, la copia había sido hallada en Áquila en los Abruzzos en el año 1580.

* * *

Sentencia que dio Pilato contra Cristo nuestro Señor

Copia hallada en la ciudad de Áquila, del reino de Nápoles, de la sentencia dada por Poncio Pilato, Presidente de la Judea en el año 18 [*sic*] de Tiberio César, Emperador de Roma, contra Jesu-Cristo, Hijo de Dios y de María Virgen, sentenciándolo a muerte de Cruz en medio de dos Ladrones el día 25 de marzo; hallada milagrosamente dentro de una hermosísima piedra, en la cual estaban dos cajitas, una de hierro, y dentro de ella otra de finísimo marfil, donde estaba inclusa la infrascrita sentencia en letra Hebrayca en carta pecora[540] del modo siguiente:

El año 17.º de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo, monarca

invencible, en la Olimpiada 121, en la Cliada 24, y en la Creación del mundo, según el número y cómputo de los hebreos cuatro veces 1147 de la propágine del Imperio Romano 73 y de la liberación de la servidumbre de Babilonia 1211: siendo cónsules del Pueblo Romano Lucio Pisano y Mauricio Pisarico; procónsules Lucio Balesna, público gobernador de la Judea, y Quinto Flavio, bajo el regimiento y gobierno de la ciudad de Jerusalén, Presidente gratísimo Poncio Pilato, regente de la baja Galilea, y Herodes Antipa, Pontífices del Sumo Sacerdocio Anás, Caifás, Alit Almael el maestro del Templo, Roboán Ancabel, Franchino centurión, y cónsules romanos, y de la ciudad de Jerusalén Quinto Cornelio Sublemio, y Sexto Ponfilio Rufo; y en el día 25 del mes de marzo.

Yo Poncio Pilato, aquí Presidente Romano dentro del Palacio de la Archirresidencia: Juzgo, condeno y sentencio a muerte a Jesús llamado de la Plebe *Christo Nazareno*, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley Mosaica, contrario al grande Emperador Tiberio César; y determino, y pronuncio por esta, que su muerte sea en cruz, y fijado con clavos a usanza de reos, porque aquí congregando, y juntando muchos hombres ricos, y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, y Rey de Jerusalén, con amenazarles la ruina de esta ciudad y de su sacro Templo, negando el tributo al César, y habiendo aún tenido el atrevimiento de entrar con ramos, y triumpho, y con parte de la plebe dentro de la Ciudad de Jerusalén, y en el Sacro Templo. Y mando a mi primer Centurión Quinto Cornelio lleve públicamente por la Ciudad a Jesucristo ligado, y azotado, y que sea vestido de púrpura, y coronado de algunas espinas, con la propia cruz en los hombros para que sea ejemplo a todos los malhechores: y con él quiero sean llevados dos Ladrones homicidas, y saldrán por la Puerta Sagrada, ahora Antoniana, y que lleve á Jesús Christo al publico monte de Justicia llamado Calvario, donde crucificado, y muerto, quede el cuerpo en la cruz, como espectáculo de todos los malvados; y que sobre la Cruz sea puesto el título en tres lenguas, y en todas tres (Hebrea, Griega y Latina) diga JESUS NAZAR. REX JUDAEORUM.

Mandamos asimismo, que ninguno de cualquier estado, o calidad se atreva temerariamente a impedir la tal Justicia por mí mandada, administrada, y ejecutada con todo rigor según los decretos, y leyes romanas, y hebreas so pena de rebelión al Imperio Romano = Testigos de nuestra Sentencia: por las 12 Tribus de Israel Rabain Daniel, Rabian segundo, Joannin Bonicar, Barbasu. Sabi Pontuculam. Por los Fariseos Bulio, Simeón, Ronol, Rabani, Mondagul, Boncurfosu. Por el Sumo Sacerdocio Rabban, Nidos, Boncasado. Notarios de esta publicación: por los Hebreos Nitanbarta; por el Juzgado y Presidente de Roma Lucio Sextillo, Amasio Clío.

(La copia está tomada del manuscrito titulado *Libro de varias noticias y apuntaciones*, que dejó escritas en Latín, Español, Francés e Italiano D. N. Guerra, Obispo de Segovia. Copiada de su original en M. DCC. LXXXVI).

2.2.7. *Tradición de Pilato* (Parádosis)

Este relato está considerado como prolongación de la Anaphorá (véase anteriormen-te 2.2.3). *Su paralelismo en estilo y sensibilidad ha hecho pensar en la posibilidad de que se*

trate de una obra del mismo autor. Lo mismo que la Anaphorá, *también esta* Parádosis *claramente favorable al prefecto en detrimento de los judíos, «instigadores y responsables» de la muerte de Jesús. Hasta el punto de que la muerte de Pilato, precedida de una sentida plegaria, tiene el carácter de una gloriosa liberación más que de castigo.*

* * *

Consecuencias de la muerte de Jesús

1 Llegó la carta a la ciudad de los romanos y fue leída al César en presencia de no pocos testigos. Todos quedaron estupefactos, porque a causa de la injusticia cometida por Pilato, las tinieblas y el terremoto se habían extendido sobre toda la tierra. Y el César, lleno de ira, ordenó que llevaran preso a Pilato.

Pilato trasladado a Roma

2 Trasladado Pilato a la ciudad de Roma, cuando el César oyó que había llegado, tomó asiento en el templo de los dioses al frente de todo el Senado, con todo su aparato militar y el conjunto de sus fuerzas, ordenó que Pilato se adelantara. Y el César le dijo: «¿Por qué te atreviste a hacer tales cosas, hombre infame, después de ver signos tan grandes como los que hacía aquel hombre? Por haberte atrevido a cometer malas acciones, has llevado a la ruina al mundo entero».

Juicio de Pilato ante el emperador

3 Pilato respondió: «Soberano emperador, yo soy inocente de estas cosas; los instigadores y los culpables son la turba de los judíos». El César le dijo: «¿Quiénes son ellos?». Contestó Pilato: «Herodes, Arquelao, Filipo, Anás y Caifás y toda la multitud de los judíos». El César replica: «¿Por qué razón seguiste tú su consejo?». Dijo Pilato: «Su nación es revoltosa y rebelde, y no se somete a tu autoridad». El César dijo: «Tan pronto como te lo entregaron, debiste ponerlo en lugar seguro y enviármelo a mí, y no dejarte convencer por ellos para crucificar a un hombre así, justo, que realizaba prodigios tan buenos como tú mismo decías en tu relación. Pues por tales signos era evidente que Jesús era el Cristo, el rey de los judíos».

4 Cuando el César dijo estas cosas y pronunció el nombre de Cristo, se vino abajo toda la multitud de los dioses, que quedaron reducidos a polvo en el lugar donde estaba sentado el César con el Senado. Y todos los del pueblo, que estaban presentes junto al César, quedaron llenos de temor cuando oyeron pronunciar aquel nombre y vieron caer a sus dioses. Todos, en efecto, sobrecogidos de miedo, marcharon cada uno su casa, maravillados por lo sucedido. Ordenó, pues, el César que Pilato fuera custodiado con seguridad, para poder conocer la verdad sobre Jesús.

5 Al día siguiente, sentándose el César en el Capitolio con todo el Senado, trataba de interrogar nuevamente a Pilato. Dijo el César: «Di la verdad, hombre infame, porque por la acción impía que intentaste contra Jesús se ha puesto de manifiesto la práctica de tus malas obras por la caída de los dioses. Responde, pues: "¿Quién es aquel crucificado, cuyo nombre ha traído la ruina a todos los dioses?"». Pilato contestó: «Realmente, todas

sus memorias son verdaderas. Yo mismo me convencí por sus obras de que era más grande que todos los dioses que nosotros veneramos». El César replicó: «¿Por qué razón, pues, tuviste el atrevimiento de actuar así contra él si sabías quién era? ¿O acaso maquinabas algún mal contra mi reino?». Dijo Pilato: «Por la injusticia y la revuelta de los malvados y ateos judíos hice lo que hice».

Decreto contra los judíos

6 Montando el César en cólera, celebró consejo con todo el Senado y con su fuerza militar. Y ordenó emitir un decreto contra los judíos de este tenor: «A Liciano, el que ostenta la autoridad de la provincia oriental, salud. He tenido noticia de la osadía, acaecida en los tiempos actuales, de parte de los habitantes de Jerusalén y de las ciudades judías de alrededor, de que han obligado a Pilato a crucificar a un cierto dios llamado Jesús. Delito por el que el mundo, envuelto en tinieblas, era arrastrado a la perdición. Procura, pues, presentarte a ellos rápidamente junto con abundantes soldados y proclamar la cautividad por medio de este decreto. Cumple esta orden de marchar contra ellos, y obligándolos a la dispersión, sométemelos a servidumbre entre todas las naciones. Expulsando de toda Judea hasta la parte más pequeña de su nación, procura que no aparezca nada de ella, porque están llenos de maldad».

7 Llegado este decreto a la región oriental, Liciano obedeció por miedo al decreto y puso a toda la nación de los judíos en trance de exterminio. A los que quedaron en Judea les permitió que marcharan a la diáspora como esclavos. Tuvo noticia el César de cuanto había realizado Liciano contra los judíos en la región oriental, lo que le agradó.

Pilato condenado a muerte

8 El César se dispuso de nuevo a interrogar a Pilato. Y ordenó a un jefe de nombre Albio que cortara la cabeza a Pilato, diciendo: «Lo mismo que este levantó la mano contra el hombre justo llamado Cristo, de modo semejante caerá también él sin posibilidad de salvación».

Oración de Pilato

9 Cuando Pilato llegó al lugar, oró en silencio, diciendo: «Señor, no me pierdas con los malvados hebreos, porque yo no hubiera levantado mis manos contra ti si no hubiera sido a causa del pueblo de los impíos judíos, porque provocaron un tumulto contra mí. Pero yo actué por ignorancia. No me pierdas, pues, por este pecado, sino sé benevolente conmigo, Señor, y con tu sierva Procla, que permanece conmigo en esta hora de mi muerte. A ella la designaste para que profetizara que ibas a ser clavado en una cruz. No la condenes también a ella por mi pecado, sino perdónanos y cuéntanos entre la porción de tus justos».

10 Y he aquí que al terminar Pilato su oración, vino una voz del cielo que decía: «Te llamarán bienaventurado todas las generaciones e instituciones de las naciones, porque en tu tiempo se cumplieron todas estas cosas que habían sido anunciadas por los profetas acerca de mí. Tú tendrás que aparecer como mi testigo en mi segunda venida,

cuando juzgue a las doce tribus de Israel y a los que no han reconocido mi nombre». El prefecto sacudió la cabeza de Pilato, y he aquí que un ángel del Señor la recibió. Cuando vio su mujer Procla al ángel que venía y recibía su cabeza, llena de alegría, entregó también ella su espíritu y fue sepultada con su marido.

2.2.8. *Muerte de Pilato*

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior a la *Leyenda áurea*, de Jacobo de Vorágine, con base en leyendas antiguas.

Lugar de composición: Quizás Italia.

Lengua original: Latín.

Fuente: Manuscrito Ambrosiano de Milán L. 58 del siglo XIV.

Altamente valorada por Tischendorf, esta creación medieval latina recapitula datos y tradiciones provenientes de una época más antigua. Fue incluido su texto en la Leyenda áurea, *de Santiago/Jacobo de Vorágine (siglo* XIII*). Refiere la misión desempeñada por Volusiano, diputado por Tiberio para recabar noticias sobre Jesús, médico que curaba todas las enfermedades. No pudo llevar consigo a Jesús, muerto ya, pero regresó a Roma acompañado de Verónica, dueña de un paño que tenía grabada la efigie de Jesús. Pilato escapó de la muerte y del furor del César porque se presentaba vistiendo la túnica inconsútil de Jesús. Descubierta la causa de su impunidad, se suicidó. Su cuerpo, rechazado por el Tíber, y luego por el Ródano, fue al fin arrojado a un pozo en las cercanías de Lausana.*

* * *

Muerte de Pilato el que condenó a Jesús

Embajada de Tiberio a Jesús

Estando Tiberio César, emperador de los romanos, aquejado de una grave enfermedad, enterado de que en Jerusalén había un cierto médico, de nombre Jesús, que curaba todas las enfermedades con sola su palabra, ignorando que los judíos y Pilato le habían dado muerte, ordenó a un familiar suyo, de nombre Volusiano, lo siguiente: «Ve lo más pronto posible más allá del mar, y dirás a Pilato, servidor y amigo mío, que me envíe a este médico para que me devuelva mi anterior salud». El dicho Volusiano, oída la orden del emperador, partió inmediatamente y llegó junto a Pilato de acuerdo con lo que le habían mandado. Expuso a Pilato en persona lo que le había encargado Tiberio César, diciendo: «Tiberio César, emperador de los romanos, tu señor, habiendo oído que en esta ciudad hay un médico que con sola su palabra cura las enfermedades, te ruega encarecidamente que se lo envíes sin más para que le cure su enfermedad». Al oír Pilato estas palabras, quedó aterrado en gran manera, consciente de que lo había hecho matar por envidia. Pilato respondió al mismo mensajero, diciendo: «Aquel hombre era un malhechor, un hombre

que atraía a todo el pueblo hacia sí. Por eso, celebrado un consejo con los sabios de la ciudad, hice que fuera crucificado».

Verónica y la faz de Jesús

Cuando aquel mensajero regresaba a su residencia, se encontró con una mujer llamada Verónica, que había conocido a Jesús, y le dijo: «¡Oh mujer!, ¿por qué dieron muerte los judíos a un cierto médico que había en esta ciudad, que con sola su palabra curaba a los enfermos?». Ella empezó a llorar, diciendo: «¡Ay de mí! Señor, Dios mío y Señor mío, a quien Pilato entregó por envidia, lo condenó y mandó que fuera crucificado». Entonces él, con dolor desmedido, le dijo: «Lo lamento vivamente, porque no puedo cumplir el encargo que me había encomendado mi señor». Le dijo Verónica: «Cuando mi Señor se iba por ahí predicando, y yo carecía de su presencia muy a pesar mío, quise que me pintaran su imagen, para que mientras me veía privada de su presencia me diese al menos consuelo la figura de su imagen. Y cuando llevaba el lienzo al pintor para que me la pintara, mi Señor me salió al paso y me preguntó adónde iba. Cuando le expliqué la causa de mi marcha, me pidió el lienzo y me lo devolvió señalado con la imagen de su venerable faz. Por consiguiente, si tu señor mira con devoción su aspecto, obtendrá inmediatamente el beneficio de su curación». Él le preguntó: «¿Esta imagen puede acaso comprarse con oro o con plata?». Ella respondió: «No, sino con un piadoso afecto de devoción. Marcharé, pues, contigo y llevaré la imagen para que el César la vea; luego volveré».

Verónica en Roma

Así pues, vino Volusiano a Roma en compañía de Verónica y dijo al emperador Tiberio: «A Jesús, al que hace tiempo deseabas ver, lo entregaron Pilato y los judíos a una muerte injusta, y por envidia lo castigaron con el tormento de la cruz. Pero ha venido conmigo una cierta matrona que trae una imagen del mismo Jesús; si la miras devotamente, conseguirás enseguida el beneficio de tu salud». César hizo que el camino fuera cubierto con paños de seda, y ordenó que le presentaran la imagen. Tan pronto como fijó en ella sus ojos, recuperó su antigua salud.

Arresto y condena de Pilato

Ahora bien, Pilato por mandato del César fue detenido y conducido a Roma. Al oír el César que Pilato había llegado a Roma, se llenó de un furor desmedido contra él y ordenó que se lo llevaran. Pilato, por su parte, había llevado consigo la túnica inconsútil de Jesús, que tenía puesta cuando se presentó ante el emperador. Tan pronto como el emperador lo vio, renunció a toda su ira, se levantó rápido ante él y no tuvo valor para dirigirle ninguna dura palabra. Y el que en su ausencia parecía tan terrible y tan fiero, ahora en su presencia actuaba en cierto modo con mansedumbre. Y en cuanto lo despidió, se enardeció terriblemente contra él, llamándose a gritos miserable porque no le había demostrado en absoluto el furor de su pecho. Inmediatamente hizo que lo volvieran a llamar, jurando y afirmando que era hijo de muerte y que no tenía derecho a vivir sobre la tierra. Pero cuando lo vio, al punto lo saludó y abandonó toda la ferocidad de su alma. Todos estaban admirados, y él mismo también, de que mientras Pilato estaba ausente, se sentía

enardecido contra él, y mientras estaba presente, no podía decirle nada con aspereza. Finalmente, bien por inspiración divina, bien por indicación de algún cristiano, hizo que fuera despojado de aquella túnica. Enseguida recuperó contra él la anterior ferocidad de su alma. Al estar el emperador fuertemente admirado con ello, le dijeron que aquella túnica había sido del Señor Jesús. Entonces el emperador ordenó que fuera enviado a la cárcel, hasta que deliberase con el consejo de los sabios qué convendría hacer con él. Pocos días después, se dio contra Pilato la sentencia de que fuera condenado a una muerte ignominiosa por demás. Al oír Pilato la noticia, se suicidó con su propio cuchillo.

El cadáver de Pilato, rechazado por la tierra

Conocida la muerte de Pilato, dijo el César: «Verdaderamente ha muerto con una muerte ignominiosa, como que ni su propia mano le perdonó».

Atado a una mole considerable, fue arrojado al fondo del río Tíber. Unos espíritus malignos e inmundos, gozosos con aquel cuerpo maligno e inmundo, se movían por aquellas aguas y provocaban relámpagos y tempestades, truenos y granizo, hasta el punto de que todos estaban sobrecogidos de un horrible temor. Por esa razón los romanos lo extrajeron del río Tíber, lo deportaron a Viena de las Galias en son de burla y lo sumergieron en el río Ródano. Viena suena algo así como camino de la gehenna o infierno, porque en aquel tiempo era un lugar maldito. Pero allí acudieron también los malos espíritus, obrando las mismas cosas. Ahora bien, aquellos hombres, no aguantando tan gran acometida de los demonios, retiraron aquel vaso de maldición y encargaron que lo sepultaran en el territorio de Lausana. Pero al sentirse sus habitantes demasiado molestos con las predichas acometidas, lo retiraron de allí y lo sumergieron en un pozo rodeado de montañas, donde todavía, según cuentan algunos, se producen ciertas maquinaciones diabólicas.